

Annabel Pitcher

**Mi hermana vive sobre
la repisa de la chimenea**

Traducción del inglés de
Lola Diez

Nuevos Tiempos **Ediciones Siruela**

Mi hermana Rose vive sobre la repisa de la chimenea. Bueno, al menos parte de ella. Tres de sus dedos, su codo derecho y su rótula están enterrados en una tumba en Londres. Mamá y papá tuvieron una discusión de las gordas cuando la policía encontró diez pedazos de su cuerpo. Mamá quería una tumba que pudiera visitar. Papá quería incinerarlos y esparcir las cenizas en el mar. En todo caso, eso es lo que me ha contado Jasmine. Ella se acuerda de más cosas que yo. Yo sólo tenía cinco años cuando ocurrió aquello. Jasmine tenía diez. Era la gemela de Rose. Y para mamá y papá, lo sigue siendo. Años después del funeral, seguían vistiendo a Jas igual: vestidos de flores, chaquetitas, zapatos de esos planos de hebilla que a Rose le encantaban. Yo creo que fue por eso por lo que mamá se largó con el tipo del grupo de apoyo hace setenta y un días. Cuando Jas, el día en que cumplía quince años, se cortó el pelo, se lo tiñó de rosa y se hizo un piercing en la nariz, dejó de parecerse a Rose, y mis padres con eso no pudieron.

Se quedaron con cinco pedazos cada uno. Mamá puso los suyos en un bonito ataúd, bajo una bonita lápida que dice *Mi ángel*. Papá incineró una clavícula, dos

costillas, un fragmento del cráneo y un dedo pequeño del pie, y puso las cenizas en una urna dorada. Así que se salieron cada uno con la suya, pero sorpresa sorpresa, eso tampoco los hizo felices. Mamá dice que el cementerio es demasiado deprimente para ir de visita. Y en cada aniversario papá intenta esparcir las cenizas en el mar, pero siempre acaba cambiando de opinión en el último instante. Parece que algo ocurre justo cuando Rose está a punto de ser arrojada al agua. Un año, en Devon, había un montón de nubes de peces de esos plateados con pinta de no aguantarse de ganas de comerse a mi hermana. Y otro año, en Cornualles, cayó una caca de gaviota sobre la urna justo cuando papá estaba a punto de abrirla. Yo me eché a reír, pero Jas parecía triste, así que me callé.

Nos fuimos de Londres para alejarnos de todo aquello. Papá conocía a un tipo que conocía a otro tipo que le telefoneó por un trabajo en unas obras del Distrito de los Lagos. En Londres llevaba siglos sin trabajar. Hay recesión, y eso significa que no hay dinero en el país, así que no se construye casi nada. Cuando consiguió el trabajo en Ambleside, vendimos nuestro piso y alquilamos una casa de campo y nos marchamos dejando a mamá en Londres. Me aposté con Jas nada menos que cinco libras a que mamá iba a venir a decirnos adiós. No me obligó a pagárselas, pero perdí. En el coche Jas dijo *Vamos a jugar a Veo veo*, pero no fue capaz de averiguar una cosa que *Empieza por la R* aunque Roger estaba sentado en mi regazo, ronroneando como para darle una pista.

Qué distinto es aquí. Hay montañas enormes, tan altas como para pinchar a Dios en el pandero, y cientos de árboles, y silencio. *No hay gente* dije cuando encon-

tramos la casa al final de un camino serpenteante, y yo iba mirando por la ventanilla en busca de alguien con quien jugar. *No hay musulmanes*, me corrigió papá, sonriendo por primera vez aquel día. Jas y yo nos bajamos del coche sin devolverle la sonrisa.

Nuestra casa es opuesta en todo a nuestro piso de Finsbury Park. Es blanca en lugar de marrón, grande en lugar de pequeña, vieja en lugar de nueva. La asignatura del colegio que más me gusta es Dibujo, y si pintara a las personas como edificios, la casa sería una abuelita loca que sonrío sin dientes y el piso sería un soldado muy serio todo repeinado y apretujado en una fila de hombres idénticos. Eso a mamá le encantaría. Ella es profesora en una academia de Bellas Artes y creo que si le enviara mis dibujos se los enseñaría hasta al último de sus alumnos.

Por más que mamá se haya quedado en Londres, yo estaba contento de que dejáramos aquel piso. Mi cuarto era enano pero no me permitían cambiarme al de Rose porque está muerta y sus cosas son sagradas. Ésa era la respuesta que me daban siempre que les preguntaba si podía cambiar de cuarto. *El cuarto de Rose es sagrado, James. No entres ahí, James. Es sagrado.* Yo no veo qué tienen de sagrado un montón de muñecas viejas, un edredón rosa maloliente y un oso de peluche calvo. No me parecieron tan sagrados el día que estuve saltando sobre la cama de Rose, al volver a casa del colegio. Jas me obligó a parar, pero prometió no decir nada.

Cuando salimos del coche, nos quedamos mirando nuestra nueva casa. El sol se estaba poniendo, las montañas tenían un brillo naranja y yo veía nuestro reflejo en una de las ventanas: papá, Jas y yo, con Roger en brazos. Por una milésima de segundo me sentí lleno de

esperanza, como si aquello fuera de verdad el principio de una vida completamente nueva y todo fuera a ir bien de ahí en adelante. Papá agarró una maleta y sacó la llave que llevaba en el bolsillo, y recorrió el camino del jardín. Jas me sonrió, acarició a Roger, y luego le siguió. Dejé el gato en el suelo. Se fue directo a meterse en un arbusto, abriéndose paso entre las hojas con la cola levantada. *Venga*, me llamó Jas, dándose la vuelta ante la puerta del porche. Me esperó con una mano extendida mientras yo corría a su lado. Entramos en la casa juntos.

Jas lo vio primero. Noté cómo se le ponía el brazo rígido. *Te apetece un té* dijo, con una voz demasiado aguda y los ojos fijos en algo que papá tenía en la mano; estaba agachado en el suelo del salón con ropa tirada por todas partes, como si hubiera vaciado la maleta de prisa y corriendo. *Dónde está la «kettle»* preguntó Jas, tratando de hacer como si nada. Papá no levantó los ojos de la urna. Escupió sobre ella y se puso a sacarle brillo al dorado con la punta de la manga hasta que la dejó resplandeciente. Luego puso a mi hermana sobre la repisa de la chimenea, que era de color crema y tenía polvo y era igualita que la del piso de Londres, y murmuró *Bienvenida a tu nueva casa, hijita*.

Jas se cogió el cuarto más grande. Tiene una vieja chimenea en una esquina y un armario empotrado en el que ha metido toda su ropa negra nueva. Ha colgado de las vigas del techo un móvil de campanillas, y si las soplas tintinean. Yo prefiero mi cuarto. La ventana da al jardín de atrás, que tiene un manzano que cruje y un estanque, y además está ese alféizar ancho de verdad en el que Jas

colocó un cojín. La noche que llegamos nos pasamos horas ahí sentados, mirando las estrellas. En Londres no las había visto nunca. Entre los edificios y los coches había tanta luz que no se veía nada en el cielo. Aquí sí que se ven bien las estrellas, y Jas me estuvo hablando de las constelaciones. A ella le interesa el horóscopo y se lo lee todas las mañanas en internet; le dice exactamente lo que va a pasar ese día. *Y no te estropea la sorpresa* le pregunté en Londres una vez que Jas se hizo la enferma porque su horóscopo decía no sé qué de un suceso inesperado. *Ahí está la gracia* me respondió, volviéndose a la cama y tapándose hasta las orejas.

Jas es Géminis, el signo de los gemelos, y resulta extraño porque ya no tiene gemela. Yo soy Leo y mi símbolo es el león. Jas se puso de rodillas sobre el cojín y me lo señaló por la ventana. No parecía mucho un animal, pero Jas me dijo que siempre que tenga algún problema tengo que pensar en ese león de estrellas que está ahí arriba, y todo irá bien. Yo le iba a preguntar por qué me estaba diciendo aquello justo cuando papá nos había prometido Empezar Desde Cero, pero me acordé de la urna sobre la repisa de la chimenea y me dio demasiado miedo la respuesta. A la mañana siguiente encontré una botella de vodka vacía en el cubo de la basura y supe que la vida en el Distrito de los Lagos iba a ser exactamente igual que la vida en Londres.

Eso fue hace dos semanas. Después de la urna, papá sacó de la maleta el viejo álbum de fotos y algo más de ropa. Los tipos de la mudanza se ocuparon de las cosas grandes como las camas y el sofá, y Jas y yo nos ocupamos de todo lo demás. Las únicas cajas que no hemos

abierto son esas enormes en las que pone SAGRADO. Están en el sótano, cubiertas con bolsas de plástico para que se mantengan secas si hay una inundación o lo que sea. Cuando cerramos la puerta del sótano, a Jas se le empañaron los ojos y se le pusieron húmedos. Dijo *A ti no te agobia*, y yo dije *No*, y ella dijo *Por qué no*, y yo dije *Rose está muerta*. Jas arrugó el gesto. *No digas esa palabra, Jamie*.

No entiendo por qué no. Muerta. Muerta. Muerta muerta muerta. Mamá lo que dice es *Se nos fue*. La frase de papá es *Está en un lugar mejor*. Él nunca va a la iglesia, así que no sé por qué lo dice. A menos que ese lugar mejor del que habla no sea el Cielo, sino el interior de un ataúd o una urna dorada.

En Londres, mi orientadora me dijo *Te niegas a admitirlo y sigues afectado por el shock*. Me dijo *Un día te vendrá de golpe y llorarás*. Parece ser que no he llorado desde el 9 de septiembre de hace casi cinco años, que fue cuando ocurrió lo de Rose. El año pasado, papá y mamá me mandaron a ver a esa señora gorda porque les parecía raro que yo no llorara por aquello. Me habría gustado preguntarles si ellos llorarían por alguien de quien no se acuerdan, pero me callé.

De eso es de lo que parece que nadie se da cuenta. Yo no me acuerdo de Rose. No del todo. Me acuerdo de dos niñas que jugaban a saltar las olas en vacaciones, pero no de dónde estábamos, ni de lo que dijo Rose, ni de si se lo estaba pasando bien o no. Y sé que mis hermanas fueron damas de honor en la boda de un vecino nuestro, pero la única imagen que me viene a la cabeza es la del tubo de Smarties que me dio mamá durante

la misa. Ya entonces los que más me gustaban eran los rojos, y los apretaba en la mano hasta que me desteñían la piel de rosa. Pero no me acuerdo de cómo iba vestida Rose, ni de cómo desfilaba por el pasillo de la iglesia ni nada parecido. Después del funeral, cuando le pregunté a Jas dónde estaba Rose, me señaló la urna que había encima de la repisa de la chimenea. *Cómo puede caber una niña en un sitio tan pequeño* le dije, y eso la hizo llorar. O por lo menos eso es lo que ella me ha contado. Yo en realidad no me acuerdo.

Un día nos pusieron de deberes en el colegio que describiéramos a alguien especial, y me pasé quince minutos para escribir una página entera sobre Wayne Rooney. Mamá me hizo romperla y escribir en su lugar sobre Rose. Como yo no tenía nada que decir, se sentó enfrente de mí con la cara toda roja y sudorosa y me dijo exactamente lo que tenía que escribir. Sonrió entre las lágrimas y dijo *Cuando tú naciste, Rose señaló a tu pilila y preguntó si era un gusano* y yo dije *No pienso poner eso en mi cuaderno de Literatura*. A mamá se le borró la sonrisa. Las lágrimas le resbalaron de la nariz a la barbilla y me hicieron sentirme tan mal que lo escribí. A los pocos días, la profesora leyó mi redacción en clase, y me gané una estrella dorada de ella y las burlas de todos los demás. *Pichalarva*, me pusieron.